

bre que él escojeria, que él estableceria gefe visible de su Iglesia, y á quien confiaria la guarda de sus *corderos y ovejas*.

“El Orden es un sacramento de la nueva ley (1), por el cual un hombre bautizado, es sacado de la comunidad de los legos para ser consagrado á Dios, y ser ligado á su santo ministerio de una manera particular, recibiendo por las manos del obispo, sucesor directo de los apóstoles, una potestad espiritual, y la gracia de ejercer en la Iglesia ciertas funciones relativas al sacrificio del Cuerpo y Sangre de Jesucristo, al servicio de Dios, y la salud de las almas. Hé aquí, cómo se esplica el concilio de Trento (2): Si alguno dice, que el ORDEN, ó la ordenacion sagrada, no es verdadera y propiamente un sacramento instituido por nuestro Señor Jesucristo; ó que es una invencion humana imaginada por gentes ignorantes de las cosas eclesiásticas; ó bien, que no es mas que cierta forma y manera de escojer los ministros de la palabra de Dios y de los sacramentos: ¡ sea excomulgado.”

San Pablo exhorta á su discípulo Timoteo, á no descuidar la gracia que le ha sido concedida por la imposicion de las manos de los sacerdotes; y lo escita á reanimar el fuego de la gracia de Dios.

El sacramento del Orden fué prometido por el Salvador, sobre las riberas del mar de Galilea, “cuando encontró los dos hermanos, Simon, llamado Pedro, y Andrés, que arrojaban sus redes en el mar, porque eran pescadores (3).”

“Seguidme, les dijo, yo os convertiré en pescadores de hombres.

“Y al momento, arrojando sus redes, lo siguieron.

Desde allí; adelantando, vió en otra barca otros dos hermanos, Santiago, hijo del Zebedeo, y Juan su hermano, con Zebedeo su padre, que aderezaban sus redes, y él los llamó.”

Al mismo tiempo, ellos dejaron sus redes y su padre, y le siguieron.

Mas tarde el Señor Jesus los ordenó de sacerdotes, cuando en la última Pascua, despues de haberles distribuido como alimento celeste su cuerpo y su sangre, que acababa de consagrar, les dirijió estas palabras: “Haced esto en mi memoria;” palabras todopoderosas y siempre eficaces (4), que dan á los apóstoles y á sus sucesores el poder sublime de operar el milagro que el Hijo de Dios acababa de obrar por sí mismo.”

Es fácil de conocer despues de estas citas, que el ORDEN es un rito exterior, ó una ceremonia sensible, instituida de una manera fija, perma-

(1) Inst. sobre el Ritual, por Monseñor Alb. Joly de Choin, obispo de Tolosa.

(2) Sesión XXIII.

(3) Mateo IV.

(4) Catecism. de Persever., del abate Gaume.

EL ORDEN.

“DESPUES que hubieron tomado su comida, dijo Jesus á Simon Pedro: ¿ Me amais mas que aquellos que están aquí? El respondió: Si señor, bien sabeis vos que os amo. Jesus le dijo: *Paced mis corderos*.

“Preguntó todavía segunda vez: Simon, hijo de Juan, ¿ me amais? Pedro le respondió: Si señor, vos sabeis bien que os amo. Jesus le dijo: *Paced mis corderos*.

“Volvió á preguntar por tercera vez: Simon, hijo de Juan, ¿ me amais. Pedro enternecido, porque le preguntaba ya por tercera vez, me amais, le respondió: Señor, vos conocéis todas las cosas; vos sabeis, que os amo. Jesus le dijo: *Paced mis ovejas*.”

Este pasaje, del capítulo vigesimo quinto del Evangelio de San Juan nos hace ver á qué manos confió el Señor la guarda de su rebaño. Para dar este encargo á Simon, hijo de Juan, quiso asegurarse de su amor, y por tres veces lo interpeló con este objeto. Despues de las dos primeras respuestas del gefe de los apóstoles, Jesus le dice: *Paced mis ovejas*. No es sino hasta la tercera vez, despues que ha adquirido bien la certidumbre del amor de Pedro por su divino Señor, cuando el buen pastor le confia la *guarda de sus ovejas*.

Los corderos nos representan á nosotros, simples siervos de Dios, y las ovejas figuran los obispos, los sacerdotes, los maestros de la fé. Y notemos aqui, que Jesus no investigaba de Pedro, si habia adquirido alguna ciencia, alguna habilidad: ¡oh, nó! por esto no se inquietaba: lo que él queria saber era, si el amor de Dios estaba en el fondo del alma de Simon Pedro. Si este celeste ardor la inflamaba, el hijo de Juan era el hom-

nente, durable, por el divino Fundador del cristianismo, para consagrar los ministros de su Iglesia, y darles la gracia, con el poder de ejercer sus funciones santas, y que los coloca de alguna manera más arriba de los ángeles: porque estos espíritus celestes sirven al Señor en el cielo, pero no lo hacen descender, como el sacerdote, de su trono, para darse á ellos.

“Escuchemos á San Ignacio mártir: *Omnes episcopi sequimini ut Christum patrem*, dice, *et presbyterorum collegium ut apostolos, diaconos revereamini ut ex Dei præcepto ministrantes.*”

Este respeto, esta adhesion, esta obediencia, que San Ignacio ordena á sus hijos para con los obispos, los sacerdotes y los diáconos, no están fundados mas que sobre su dignidad y su escelencia espirituales, sobre su institucion divina, y el poder que han recibido de Dios, para repartir la gracia y administrar las cosas santas. Y todo eso prueba consecuentemente, que el rito por el cual estos diversos ministros han recibido un poder tan eminente, una escelencia tan perfecta, una dignidad tan alta, es un verdadero sacramento.

Desde el momento en que Dios vino á habitar entre nosotros, era absolutamente preciso, que los ministros de los altares, sobre los cuales es inmolado cada dia, recibiesen de lo alto una gracia que los otros hombres no tuviesen; fué preciso, que aquellos que tocan al Santo de los santos, participasen de la naturaleza de los ángeles. San Crisóstomo dice, que el alma del sacerdote debe ser mas pura que la luz del sol. Otros padres, hablando del poder del sacerdocio, dicen, que escede al de los arcángeles, las virtudes y dominaciones, puesto que, por las palabras que el sacerdote pronuncia á la consagracion, dá, bajo las especies de pan y vino, como un segundo nacimiento á este Cuerpo y á esta Sangre, que el Espíritu Santo formó en el seno de la Virgen inmaculada. Esto es lo que hace decir á San Agustín, que el hijo de Dios, *se encarna todos los dias entre las manos de los sacerdotes.*

En vano buscaria palabras en el vocabulario del mundo, para pintar la alta dignidad del sacerdocio, y dar una justa idea de la potestad de que Dios lo ha revestido.

Frecuentemente en mi imaginacion, recorro todos los hombres que han brillado por su carácter y su fuerza sobre las naciones.

¡Sin duda, era grande y poderoso el legislador de los Hebreos; este gefe cuya voz mandaba á las olas del mar dividirse, para hacer un camino en el fondo del abismo á Israel, librado del yugo egipcio!

¡Sin duda era grande, y colocado muy alto en el favor del Eterno, aquel que sobre el Monte Siná, en medio de los relámpagos y los rayos, recibió la ley dictada por Jehová!

¡Sin duda era grande, y amado del pueblo de Dios, aquel Josué, que detuvo por su mandato el sol, para alargar el dia de su victoria!

¡Sin duda era fuerte y formidable aquel Sansón, que por sí solo puso en fuga el ejército de los filisteos, y cuyos robustos brazos hacian bambolear y desplomarse los palacios! ¡Y bien! Todas estas potestades, todas estas fuerzas naturales, ¿qué eran, comparadas á aquellas con que Jesucristo ha dotado á sus ministros? Todos estos hombres que acabo de nombrar, han mandado á las obras, á las criaturas de Dios, y han sido obedecidos por ellas; pero el sacerdote cristiano es á Dios mismo á quien llama, y á quien hace descender de su trono radiante de gloria, sobre el altar mas humilde y mas pobre.

Ante este pensamiento, ante este prodigio, el espíritu se conturba y se pierde. Y sin embargo, no podia ser de otro modo; desde el momento en que Dios se daba en cuerpo y alma al hijo de Adán, era preciso que sus ministros, que aquellos que suben á sus altares, aquellos que los rodean, cantando las alabanzas del Señor, estuviesen por sus prerrogativas mas arriba de todos los hombres. El Sacramento del Orden les dá esta celeste preeminencia, y los establece aparte de la humanidad entre la tierra y el cielo.

“El ministro cristiano, dice San Gerónimo, *es el intérprete entre Dios y el hombre.*”

“¿Qué pensariais, dice San Juan Crisóstomo, de un sugeto, que su rey hubiese establecido sobre todos sus tesoros, y al cual hubiese dado en todo su reino derecho de vida y muerte, y el real privilegio de abrir y cerrar sus prisiones? Sin duda que esclamariais: ¡Jamás se han acordado á un hombre tantos favores y poderes....! Pues bien: ¿qué es, sin embargo, toda esta autoridad en comparacion del poder de abrir y cerrar las puertas del cielo, poder que está confiado á los sacerdotes, por la administracion de los sacramentos?”

En los primeros siglos de la Iglesia, las vocaciones eran mas francas, mas escogidas que en nuestros dias, era mas fácil conocer los elejidos de Dios, que al presente, donde todo se borra, se confunde y se pierde en una indiferencia general. En esta atonía contagiosa, no le es á uno fácil distinguir las vias del Señor. Cuando la atmósfera está fria, luego que el sol oscurecido no refleja sobre la tierra, las flores que se abrian por el dia, no se muestran ya, y mueren antes de entreabrirse. Lo mismo es con las vocaciones. Cuando la fé no brilla, las almas no tienen bastante fervor para hacer ver lo que pasa en ellas.

En los primeros dias del cristianismo, la fé y la piedad, á pesar de la modestia que las acompaña siempre, y que es como un velo echado sobre

sus obras, se revelaban bastante; así eran los obispos quienes las distinguían entre la muchedumbre piadosa y creyente. Estos pastores conocían sus rebaños, escogían las ovejas más blancas y más puras, y las conducían al aprisco del Señor. Una vez hecha la elección por el sucesor de los apóstoles, que no ordenaba sino á aquellos de un mérito reconocido y proclamado por el pueblo, no se informaba mucho de la voluntad de aquellos que ordenaba, y alguna vez les hacía violencia para vencer su humildad.

A fin de conocer mejor el mérito de aquellos que quería elegir (1), seguía exactamente las reglas que dá San Pablo, "de no apresurarse á imponer las manos, para no participar del pecado de otro;" de no elevar al sacerdocio un neófito, es decir, un nuevo cristiano, por miedo de que no se llenase de orgullo. Si alguna vez se prescindía de esta regla, como sucedía de tiempo en tiempo, era por razones particulares, sea á causa de la santidad de aquellos que se elevaban así al sacerdocio, ó ya porque Dios había hecho conocer á la Iglesia por signos sobrenaturales que tal era su voluntad. Así fué como San Ambrosio fué ordenado. Habiendo sido elegido, sin ser más que catecúmeno, fué ordenado pocos días después de su bautismo. "Los clérigos debían ser elegidos entre los más santos de los legos: por esto los cánones excluyen del clericaliato á todos aquellos que están sujetos á algunos cargos. También el apóstol quiere que el obispo y el diácono sean irreprehensibles y de buena reputación."

San Cipriano, este grande y valeroso doctor, vino á la silla episcopal sin haber pasado por las órdenes inferiores. San Agustín fué del mismo modo elevado al rango de los sacerdotes. "Lloraba amargamente, dice Posidio. Algunos, como él nos lo ha contado después, trataban de consolarlo, diciéndole, que el rango del sacerdocio lo aproximaba al episcopado; y era precisamente lo que lo afligía más."

San Cipriano nos describe en diversos pasajes de sus escritos, cómo se procedía á la elección de los obispos. "De miedo, dice, de que no se sentase en la silla episcopal un hombre que fuese indigno, fué preciso observar con exactitud lo que habíamos aprendido de la tradición divina y apostólica: *Diligenter de traditione divina et apostolica observatione, observandum et tenendum*; y que es costumbre entre nosotros, y en casi todas nuestras provincias; á saber: que para celebrar las órdenes de una manera conveniente, todos los obispos de la provincia vienen al lugar donde vá el primer pastor á ordenar, y que allí sea elegido en presencia del pueblo, que conoce perfectamente la vida de cada uno, habiendo visto largo tiempo y conocido su conducta. Esto es lo que vemos que ha sido prac-

(1) Historia de los Sacramentos. Orden, cap. IV.

ticado entre nosotros en la ordenación de Sabino, nuestro colega, á quien se ha diferido el episcopado, según el sufragio de todos los hermanos, y el juicio de los obispos, tanto aquellos que estaban presentes, como el de aquellos que habían hecho conocer por sus cartas lo que pensaban de él, y se le ha sustituido á Bassilido.

Jesucristo llamó á sus discípulos, y escogió por apóstoles aquellos que quiso. Les dijo después de su resurrección: "Como mi Padre me ha enviado, así os envío;" y San Pablo dijo á los obispos de Asia, "que el Espíritu Santo los ha establecido para gobernar la Iglesia de Dios," y á Tito, que "le ha dejado en Creta para establecer en las ciudades los sacerdotes, que en seguida llama obispos." En fin, vemos en toda la tradición, que los obispos han sido siempre instituidos por otros obispos. Es cierto que se llamaba para este acto al clero y al pueblo de la Iglesia vacante: á fin de no darles un pastor que les fuese desconocido ó desagradable, se les escuchaba y se seguía de ordinario su deseo, escogiendo algún sacerdote ó algún diácono, agregado desde algún tiempo antes al servicio de esta Iglesia, de una virtud probada, de una ciencia y de una caridad conocida de todo el mundo, algún ilustre confesor mientras las persecuciones. En el momento en que era elegido, los obispos lo ordenaban por la imposición de las manos, con la oración y el ayuno; se asentaban en la cátedra episcopal, y comenzaban desde luego á ejercer sus funciones. Después de Constantino, el pueblo cristiano se aumentó mucho, y entonces hubo de atenderse al sufragio de las diferentes órdenes, de los nobles, los magistrados y de los monjes, pero atendiendo siempre principalmente al juicio del clero.

Conforme á esta regla, fué San Cornelio electo obispo de Roma. *Judicio Dei, et plebis favore.*

El cuarto concilio de Cartago, compuesto de doscientos catorce obispos del primer mérito, nos ha dejado un modelo del exámen que sufría el sacerdote, que los sufragios del clero y del pueblo designaban como digno de subir á la silla episcopal.

"Se examinará si es prudente, si es moderado, si es casto, si es sóbrio, si es humilde, si atiende á sus deberes, si es afable, si es limosnero, si es misericordioso, si está instruido en la ley de Dios, si está versado en las santas Escrituras, si está ejercitado en los dogmas eclesiásticos."

Una vez satisfecho este exámen, y encontrándose según el corazón de Dios y el espíritu de la Iglesia, el individuo presentado por el clero y el pueblo, era aclamado obispo, y honrado como tal.

Desde lo alto del púlpito ó de la cátedra, era de donde se hacía esta proclamación por los dignatarios de la Iglesia. Era seguida de aclama-

ciones del pueblo, que aprobaba lo que se acababa de hacer. Vemos en las cartas de San Agustín, que designado para obispo Eradio, el pueblo repitió veinte veces en sus aclamaciones: *Dignus et justus est*; y cinco veces: *Benemeritus, benedignus*.

Así era como se hacían las elecciones en toda la Iglesia, en los cinco primeros siglos.

La Iglesia de Lyon, la más ilustre de las Gaulas, tenía una costumbre notable, y que pertenecía solo á ella. Cuando un obispo pasaba de esta vida á la eternidad, era acostado en su ataúd, en lugar de ser colocado en su trono: el clero de la provincia se reunía, y con el pueblo se ponía en oración, esperando del cielo una inspiración divina, y para conseguirla ayunaba, rogaba, y redoblaba su caridad y sus buenas obras.

Sucedió que al fin del VI siglo, el obispo de Lyon vino á morir: todos aquellos que le habían conocido le lloraron; eclesiásticos, caballeros y señores, hombres del pueblo, campesinos, todos: y rogaban al Señor les diese á conocer quién fuera el santo que debiera sucederle. Por este tiempo ya había un justo, muy amado de Dios y de los ángeles, que estaba retirado en una gruta, á las márgenes del Durance, donde pasaba sus días y sus noches en orar, en macerar su cuerpo, y en cantar las alabanzas del Eterno soberano de la tierra y de los cielos.

Pasaron muchos días: clero y pueblo habían implorado bastante las luces de lo alto; ninguna revelación, sin embargo, venía á la Iglesia incierta é inquieta: cuando un lindo y bello niño entró una mañana en un salón lleno de grandes y piadosas personas, y les dijo con una seguridad que no era propia de sus años: "Un ángel se me ha aparecido, y me ha hecho conocer, dónde encontrareis el obispo que buscáis. No está en un palacio ni en un claustro; no habla ni con los grandes del mundo, ni con los sabios de las escuelas, pero sí con Dios y los santos. ¿Qué venga conmigo alguno de vosotros, y lo conduciré dónde está Eugenio, el ermitaño de las riberas del Durance!"

Las palabras del niño no se dirijieron á incrédulos. El clero ordenó un ayuno de tres días, y pasados, el arcediano, con muchos otros personajes de Lyon salieron de la ciudad, y conducidos por el niño, se llegaron cerca del santo anacoreta, y le trajeron á Lyon, donde á pesar de su modestia, su humildad y su amor por la soledad, fué obligado á rendirse al voto general, y sentarse sobre la silla episcopal de esta gran ciudad.

Esto que sucedió á Eugenio, tenía frecuentemente lugar en los primitivos tiempos de la Iglesia: entonces el amor de Dios había conducido al desierto á grandes genios y brillantes méritos; los antros de las rocas, ya oscuridad de los bosques, los lugares más salvajes, estaban poblados de

santos é ilustres personajes; y en estos días de fé, no era raro ver emperadores y reyes dejar sus espléndidas moradas para ir á consultar los sabios del cristianismo que habían huido á la locura del mundo.

En los primeros siglos, la elección de los obispos había tenido lugar en la plaza pública, en medio de la agitación popular. Frecuentemente en estos primitivos días *la voz del pueblo era la voz de Dios*: la santidad de los obispos era entonces la prueba.

Hemos tenido la dicha de asistir muchas veces á esta grande é imponente ceremonia, en la cual el catolicismo mezcla á sus pompas las más altas y majestuosas doctrinas; y cada vez que salía de la antigua catedral donde *la consagración* había tenido lugar, era conmovido de todo aquello que había oído, y exclamaba con el salmista: ¿Hay un Dios semejante á nuestro Dios? ¿Una majestad comparable á la suya? ¿Un templo tan santo como el del Señor? Y en la emoción que hacía palpitar mi corazón, envidiaba la pluma de Chateaubriand, esa pluma que un ángel ha cortado, para que un mortal pueda describir, como él ha hecho, las poéticas y sublimes bellezas del cristianismo. ¡Oh! Para tales cuadros, he sentido y siento aún toda mi incapacidad. Con este sentimiento de mi insuficiencia, me atrevo á relatar el ceremonial de la consagración de un obispo.

Hejeando los viejos *Pontificales*, veo que en muchas provincias eclesiásticas existía una antigua y santa costumbre: el obispo electo pasaba el día precedente á su ordenación en un monasterio, donde oraba y ayunaba para prepararse á la gran acción del día siguiente.

Había también en muchas ciudades episcopales y en sus alrededores conventos dedicados á este objeto. Las obispos de Chartres hacían esta jornada en el *priorato de Valle*, los de Beauvais en la *abadía de San Luciano*; los obispos de Nantes, antes de entrar en su catedral, hacían mansión por veinte y cuatro horas en el barrio de San Clemente, cerca de dos cruces elevadas sobre el lugar en que los santos hermanos Rogaciano y Donaciano habían recibido la palma del martirio.

Guillermo Lemaire, hablando de lo que pasó en su ordenación (1), dice, que el sábado después de la Ascension, víspera de su consagración, se retiró, según la costumbre de sus predecesores, al monasterio de San Sergio... que en la tarde al oscurecer entró en la gran iglesia del monasterio y recitó todo el salterio solo y en voz baja ante el altar de la Santa Virgen. Acabado esto, comenzamos los maitines, que celebramos con nuestros capellanes; después de lo cual, volvimos á nuestra cámara.

(1) Historia de los Sacramentos.

para tomar reposo hasta la mañana." Al presente, como en otras veces, los obispos nombrados van á orar en el retiro antes de su ordenacion.

En los primeros siglos, las consagraciones se hacian el domingo, de madrugada, alguna vez en la noche. Así, San Heriberto, arzobispo de Colonia, fué consagrado la *noche de Noel*, mientras la celebracion de la misa (la *noche buena*). La ordenacion generalmente se hacia antes del Evangelio.

La viudedad de una Iglesia es triste; cuando el pastor falta al rebaño las ovejas y los corderillos están inquietos. Cuando la muerte ha separado al padre de en medio de sus hijos, la familia está incompleta y desolada. Lo mismo es una diócesis sin obispo. ¡ Los deseos del verdadero cristiano, encuentran tantos obstáculos en el mundo! La impiedad y la intriga han trazado y abierto tantos senderos en esta tierra, que las miradas mas justas y los deseos mas santos se extravían frecuentemente. Para llegar al bien, bastaria un camino derecho y largo; Satanás lo ha cruzado de millares, surcando el mundo en todas direcciones. En estas vias es en donde se pierden las mejores intenciones, y es por estas vias por donde la ambicion y la intriga llegan á su objeto.

Nosotros, pues, que en este momento estamos huérfanos, nosotros que acabamos de ver á nuestro obispo (1) (á quien sus santas fatigas le han acabado prematuramente) descender de su trono episcopal para ir á acostarse y reposar cerca de sus predecesores, redoblamos nuestras plegarias para que un justo, segun el corazon de Dios, nos sea otorgado y pueda continuar los planes y los proyectos de caridad, de piedad y de justicia, que el prelado que echamos de menos soñaba sobre su lecho de agonía.

CONSAGRACION DE UN OBISPO.

La campana mayor, esta voz solemne de Nuestra Señora de Paris, desde que la aurora despunta, ha dejado caer de lo alto de las viejas torres sus sonidos graves y religiosos sobre la poblacion que se despierta y comienza á moverse. En esta innumerable multitud que ve nacer un día de mas, ¿ tenemos todos el pensamiento del Dios que nos lo acuerda? ¡ Ay, no! toda ó mas de la mitad del pueblo parisiense, comprende la llamada de esta campana lanzando sus sonidos en los aires. Esta porcion de habitantes que yo llamaria la tribu fiel, porque no ha olvidado

(1) Monseñor de Essarts obispo Blois, muerto en Octubre de 1850.

do al Señor y cumple todavía sus leyes, desde que ha oído el repique de la catedral, se ha convencido de que una imponente y magnífica solemnidad debe tener lugar este mismo día bajo sus bóvedas históricas y ennegrecidas por el humo del incienso que han quemado nuestros padres. Hoy es, dice la madre de familia preparando á sus hijos, cuando debemos ir á Nuestra Señora, á ver una de las mas bellas y majestuosas ceremonias de nuestra santa religion; la consagracion de un obispo.

Para la consagracion de un príncipe de la Iglesia, el santuario episcopal despliega todas sus magnificencias. La larga nave de la antigua basílica, se adorna. Los haces de columnas y capiteles que sufren las ojivas de los arcos, están revestidas de bellas tapicerías de alto bruñido, representando los personajes mas ilustres del Antiguo y del Nuevo Testamento.

A derecha é izquierda de los brazos de la cruz latina, se elevan dos gradas para que los parientes, los amigos del obispo nombrado y dignatarios de las diferentes administraciones, se coloquen allí. Las galerías superiores están preparadas tambien, para recibir la muchedumbre, siempre ávida de estos grandes y santos espectáculos.

“ La preparacion del lugar donde se hace esta consagracion consiste principalmente en dos altares y un trono para el obispo consagrador. Uno de estos altares debe servir para decir la misa y para hacer todas las ceremonias de la consagracion; y está adornado por lo comun de una cruz en el medio y de seis candelabros con seis grandes cirios, donde están fijados los escudos de armas del obispo que hace la ceremonia con los del obispo que debe ser consagrado; el otro, que es mas pequeño y menos adornado, debe servir solamente al nuevo obispo para revestirse y para decir todo lo de la misa que precede al ofertorio. Sobre este altar y sobre una credencia (*aparador*) que esté próxima, se pone todo lo que ha de servir en la ceremonia, y todos los ornamentos con que el consagrado debe ser revestido.”

Después de este altar se coloca otro aparador mas pequeño, cubierto de un mantel blanco, y sobre el cual están los vasos para la ablucion de las manos, después las bandas de lino para cubrir las unciones, el anillo episcopal con su piedra preciosa, dos grandes panes, para ser solemnemente llevados al refectorio, y dos pequeños barriles conteniendo el vino del altar, y sobre los cuales se ven las armas é insignias del pontífice consagrador y del obispo electo.

Los que reprochan al catolicismo el lujo de sus vestiduras y el esplendor de sus ceremonias, conocen bien mal la naturaleza del hombre. Ciertamente, no es preciso darnos mas que aquello que nos es útil, pero en